

la esfera de la política por los ministros que ha presidido el Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo en los últimos seis años, errores y peligros que han sido puestos de manifiesto al discutirse el Mensaje de contestación al discurso de la Corona, existen en la esfera del gobierno y administración del país otros no menos graves y perjudiciales que no se han discutido aun estensa y concretamente por causas que con justo derecho puedan ser imputadas a dichos ministros;

Lo relativo a remediar tan grandes desdichas, aun cuando no se debe suponer que las faltarán la voluntad y el deseo, no es posible abrigar esperanzas para un plazo mayor que el de los seis años transcurridos, que si es breve con relación a la vida de los pueblos, resulta largo como ningún otro comparado con el que alcanzaron todas las situaciones políticas desde que se inauguró el régimen constitucional en España, y con el que utilizaron modestos hombres de Estado de este y de otros países para realizar las más arduas empresas de administración y gobierno;

El señor ministro de la GOBERNACION: El Sr. Suarez Inclán se ha levantado esta tarde para contradecir mi afirmación de que el Sr. Posada Herrera no estaba con la fusión, pero el Sr. Suarez Inclán en medio de su contestación (hizo) ha dicho esta tarde que al retirarse a Llanes el Sr. Posada Herrera no dejó a nadie más que al general Martínez Campos plenos poderes para que le representara.

Yo no hablo de peligros en son de amenaza; estoy en el deber de advertirlos al gobierno y al país, y porque entiendo que el gobierno no se dispone a conjurarlos, lo que la formación del partido liberal dinástico era necesaria, por eso estoy en el deber de advertirlos, porque el día del combate, si este llega, que creo que no llegará, estaré donde el deber me mande, estaré al lado del rey. (Grandes aplausos en toda la Cámara.)

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Lo primero es poner al país en condiciones de que emita libremente el voto. El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Lo primero es poner al país en condiciones de que emita libremente el voto. El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Lo primero es poner al país en condiciones de que emita libremente el voto.

EDICION DE LA NOCHE DE AYER 28 DE ENERO. LA CORRESPONDENCIA ha recibido esta tarde los siguientes TELEGRAMAS: Constantinopla, 27. Todos los emisajeros en esta capital han recibido las comunicaciones de sus gobiernos, en vista de la última circular de Turquía, respecto a la conducta que deben observar en las conferencias.

CÓRTESES. SENADO.

Extracto de la sesión del día 28 de enero de 1881.

La sesión de ayer del SENADO se abrió a las tres menos veinte, bajo la presidencia del señor marqués de Barzanallana, leyéndose el acta de la anterior, que fué aprobada.

El señor ministro de FOMENTO reproduce los proyectos de ley sobre minas y marcas de fábrica presentados en la legislatura anterior. Entra en el orden del día y continúa el debate sobre el proyecto de contestación al discurso de la corona.

El Sr. MARTINEZ CAMPOS pide la palabra. El Sr. ministro de la GOBERNACION: Buena prueba de ello es que ha habido necesidad de dirigirse un telegrama para saber si está o no con la fusión.

El Sr. MARTINEZ CAMPOS pide la palabra. El Sr. ministro de la GOBERNACION: Buena prueba de ello es que ha habido necesidad de dirigirse un telegrama para saber si está o no con la fusión.

El Sr. MARTINEZ CAMPOS pide la palabra. El Sr. ministro de la GOBERNACION: Buena prueba de ello es que ha habido necesidad de dirigirse un telegrama para saber si está o no con la fusión.

BOLE (IN RELIGIOS)

SANTOS DE HOY. — San Francisco de Sales, fundador. Dos esmaltes, entre otros muchos, resaltan en la coronada gloria que, en el día de hoy, el prelado de la Iglesia de Ginebra: la conversión de más de 6000 hereses, y la fundación de órdenes religiosas de la Visitación Aquella, debida a su fatigante celo y gran sabiduría, y ésta, verificada por la descripción y acierto de su elevado espíritu. Ambas heroicas empresas recomendaron y ensalzaron su mérito en gran manera. Murió el año 1622. En Lyon de Francia se venera, entero su corazón, onscastado entre dos corazones de oro, en el convento de Belle-Cour, fundación del mismo santo.

La joven le aguardaba en la pieza contigua, no menos agitada que él. —No me engañaba, ¿verdad, doctor? mi madre está muy grave. —Si, señorita, muy grave; y no puedo ocultaros que pesa sobre vos mucha responsabilidad. —¿Sobre mí? —Sin duda: yo os había dicho que la menor emoción sería funesta para la enferma. —¿Y bien? —Ha experimentado emociones que han puesto en peligro su vida, y que vos debierais haberle evitado. —¿No os comprendo? —Aun admitiendo, que es mucho admitir, que a vuestra madre le asustara la tormenta, vuestra presencia hubiera sido bastante a disipar sus temores; pero vos no estabais en casa. El corazón de Berta se oprimió. No se había engañado al querer adivinar la causa del desvio del joven.

—¿Y cómo? —murmuró la pobre niña con acento velado por las lágrimas. —Muy fácilmente; diciéndome a qué ibais anoche a la plaza Real. Berta estaba sofocada, jamás había podido imaginarse tan desesperada situación. Estaba colocada entre el honor y el deber; la palabra dada a su madre prohibía decir a Esteban su verdadero nombre y la triste misión que este nombre le imponía. El secreto del cadalso debía guardarse hasta el día improbable de la rehabilitación de Pablo Leroyer. La joven hizo un esfuerzo heroico y contestó con acento firme: —Tengo demasiada dignidad para justificarme a los ojos de quien duda de mí: nada tengo que decirnos. —¿Cómo? —esclamó con amargura el doctor. —¿Queréis desorientarme? No respondois a mis acusaciones? —Las perdono. —¿Pero no comprendéis? ¡No os he dicho que con sola una palabra vuestra caigo a vuestros pies? —Esa palabra no la diré. —Berta, ved que no deseo más en el mundo que saber que sois inocente; juradme que no sois culpable y es oro.

—Os amo, soy digna de vos; un secreto de familia sella mis labios. Pero en aquel momento supremo la voz de la enferma se dejó oír, llamando a su hija. Esta recordó sus palabras, se repuso al punto, y contestó: —Voy, madre, voy. Y volviéndose rápidamente al doctor, exclamó: —Siento profundamente que no me creáis digna de vuestra estimación; pero no me preguntéis, nada puedo decirnos. —Está bien, señorita, dijo Esteban ofendido de la dureza con que fueron pronunciadas estas frases, —mis sueños han concluido, no os volveré a ver más. —¿Olvidáis a mi madre, caballero? —esclamó Berta con angustia. —¿La abandonáis ahora? —No, —murmuró el joven vivamente impresionado; — conozco mis deberes, no la abandonaré; pero ¡ay! mis cuidados para con ella durarán poco. —¿Qué queréis decir? —esclamó la joven desolada. —Que las horas de vuestra madre están contadas. —¿Imposible! Lo decís por asustarme. —Dios me libre de tan cobarde acción. —Entonces decidme que os engañáis. ¡Sería demasiado horrible! ¡Mi madre después de mi hermano... y sola en el mundo... ¡decidme que os engañáis! —He dicho la verdad. —Aunque confiabais todavía. —Confíabais, sí; pero contaba sin vos; el mismo golpe que ha cortado mi amor, ha cortado la vida de vuestra madre. Esta acusación era demasiado ruda, y Berta prorumpió en sollozos. Estaban escribiendo rápidamente en un papel. —Aquí tenéis, señorita, una poción, de la que dareis una cucharada de hora en hora a la enferma; volveré a la tarde. —Salid, y a la mitad de la escalera tuvo que detenerse; la emoción le ahogaba, las lágrimas caían a sus ojos... dejolas salir libremente, y sintiendo su corazón más aliviado, se dijo procurando recomponerse: —¡Valor! La herida es profunda, pero no mortal; no se puede lamentar mucho tiempo la pérdida de lo que se desprecia; yo olvidaré.

Yo y Berta, enjugando sus ojos, entró en la estancia de la moribunda. V. Therer no había olvidado las recomendaciones del duque de La Tour-Vaudieu y se presentó a medio día en el palacio de la calle de Santo Domingo. El duque no había salido, esperando a que su cómplice viniera a darle cuenta de la visita domiciliar verificada en el número 24 de la plaza Real. Quizá el agente de policía le daría algunas peticiones de la loca cuya aparición le había impresionado la noche antes. Fácilmente se supone que el senador no tenía el espíritu tranquilo, porque si se veía libre de Renato Moulin, a quien se suponía ya encerrado por largo tiempo, y sin el borrador que era su arma poderosa, en cambio la lectura de aquel borrador le demostraba que Claudia Varvi, su antigua cómplice, instigadora de todos sus crímenes, iba a llegar a París y a imponerse en nombre del siniestro pasado que los unía. Su carta contenía la amenaza muy explícita de revelar todo aquel pasado. —¿Quizá aquella mujer había llegado a París? ¡Quizá salía ya de la sombra! ¡Quizá disponía ya su plan de ataque! Así, pues, libre de un enemigo, el senador se encontraba enfrente de otro más fuerte, más peligroso que el primero. —¿Cómo luchar contra una mujer que conocía todo su pasado, los menores detalles de su vida? No había más remedio que someterse a sus exigencias y el duque no se disimulaba que serían terribles. Ester Derieux, la loca, le preocupaba también, pero menos que Claudia. La pobre insensata no podía nada contra él; había tenido miedo un instante, la visperas por la noche, pero ahora se veía de aquella momentánea debilidad. —[El verdadero, el único peligro venía de servarla su espíritu diabólico, su carácter intrigante, sus aficiones alujo, al fausto, que le harían cometer los actos más audaces. —¿Adversario se oponía a semejante mujer? El duque poseía, no obstante, una ventaja de la llegada de su enemigo. Suponía razón que Claudia, después de reflexionar, había renegado a escribir la carta cuyo borrador edoconemos, a fin de sorprenderle de improviso y desarmado, con lo tiempo.

